



—**E**stá preciosa —afirma una tía y casi se desmaya.
—Absolutamente espléndida —asegura una madre y con una mano se abanica el rostro para contener las lágrimas.
—Simon es muy afortunado —agrega un hombre mientras se gira hacia Simon y le guiña un ojo.

—Ese Oscar de la Renta blanco le queda increíble a Annalisa, ¿no lo crees? —dice Armie, el hermano de Simon, y me da un codazo que me saca de mi letargo.

—Sí..., una verdadera diosa —respondo con la voz cargada de sarcasmo mientras miro a mi exnovia caminar de la mano de su padre hacia el altar donde la espera mi mejor amigo, Simon Fredrickson.
Has leído bien.

Mi exnovia se casa con mi mejor amigo.

Sollozos húmedos reverberan en las paredes de la ilustre catedral, blanca desde el suelo hasta el techo abovedado, que termina en una cúpula de doce metros de altura. Una iglesia digna de Hollywood.

Le lanzo una mirada a Simon, que está limpiándose los ojos con un pañuelo celeste que su novia le regaló con ternura y doble

intención: no solo estaba bien que llorara cuando ella caminara hacia el altar, sino que era obligatorio porque las cámaras lo iban a estar observando.

Las cámaras no han dejado de seguirlos desde que los encontraron juntos en un crucero a Catalina. Ella llevaba un vestido floreado, sandalias de cuero Gucci y el cabello ondulado suelto, mientras que él iba con unos sencillos pantalones cortos azul marino y una camisa celeste con los primeros cuatro botones desabrochados. Ningún hombre se desabrocha los primeros cuatro botones de la camisa a menos que su nombre sea Cretino y su apellido, Arrogante.

Sé con exactitud qué llevaban puesto cuando los «encontraron» porque leí el epígrafe debajo de la foto del romance como mínimo 752 veces antes de terminar de procesarlo.

Annalisa Morton, mi novia durante cinco años (la mujer con la que pensaba casarme) y actriz revelación de la tremendamente popular plataforma Movieflix, conocida por haber protagonizado películas románticas, me estaba engañando. Con mi mejor amigo.

Y no solo con mi mejor amigo.

Con su coprotagonista.

Con su coprotagonista en la película que escribí para ellos.

Algunos portales de noticias dijeron que prácticamente escribí el guion para que terminaran enamorándose y que, con la innegable fuerza que había en mis palabras y la belleza física de ambos, estaba destinado a ocurrir. Tendría que haber sido más inteligente.

Sí, claro, culpen al engañado.

Nunca al hecho de que mi exnovia y mi mejor amigo nunca serán capaces de saber lo que es la lealtad.

De un día para el otro, el romance explotó y el mundo entero abrazó a la nueva pareja.

¡La abrazó!

Creía que nada podría ser peor hasta que Simon me pidió que nos juntáramos en el bar que está en la esquina de mi apartamento frente a la playa para rogarme que fuera su padrino de boda.

Rogó.

Suplicó.

En un momento... me amenazó.

Y así terminé aquí, viendo a Annalisa en un vestido ajustado que grita Hollywood, caminando hacia Simon llorando de emoción.

¿Por qué no dije que no?

¿Por qué no le dije que se fuera al diablo?

Porque, verás, en la sociedad existe una jerarquía que se debe respetar. Están: Dios, Hollywood, el presidente y luego la lista sigue hacia abajo. A veces, Hollywood y Dios se disputan el poder para tomar algunas decisiones y, la mayoría de las veces, gana la codicia de Hollywood.

Por desgracia para mí, los productores de la película que estábamos haciendo juntos como una gran familia feliz me llevaron a un rincón y me susurraron al oído que, si quería seguir escribiendo en «este pueblo», me tenía que tragar el orgullo y hacer lo que era mejor para la película.

Con mi carrera amenazada, me tragué el «orgullo» y acepté el romance como si no hubiera ningún problema.

Sonreí contento cuando las fotos del compromiso se esparcieron como un incendio forestal.

Con alegría, le di la mano a Simon cuando me pidió que fuera su padrino; claro que después de que me amenazara.

Hasta posé para un paparazi con unos entusiastas pulgares hacia arriba cuando fui a Las Vegas para la despedida de soltero del novio.

Y ahora estoy aquí, parado en el altar, junto a mi mejor amigo, que tiene los ojos llorosos, y no puedo dejar de pensar en cuánto más voy a soportar esta farsa.

Cuando Annalisa está a mitad de camino, porque le está sacando el jugo a este momento nauseabundo, la multitud estalla en aplausos, como si fuera Miss América yendo hacia la victoria, con un ramo de flores bien apretado contra su cuerpo.

Los hombres que tengo al lado aplauden.

Los padres que tengo enfrente aplauden.

Las damas de honor a mi derecha lloran y, por supuesto, aplauden. Todos son actores profesionales luciéndose.

Soy la única persona cuerda que mira a su alrededor y se pregunta qué carajo está pasando... Hasta que siento que Armie me clava el codo en las costillas y me mira de reojo como si fuera la personificación del desprecio y la burla.

Alzo las manos y aplaudo despacio, con sarcasmo.

Por suerte, nadie nota el verdadero significado detrás de mi lento aplauso. Mientras esté haciendo un sonido acorde a la alegría general, no les preocupan mis intenciones.

Luego de lo que se siente como media hora, Annalisa llega al altar, le da un beso en la mejilla a su padre, toma una bocanada de aire y mira al novio con detenimiento, como si estuviera rodando una escena. Como es una actriz experimentada, se gira hacia el público (ah, perdón, *cof, cof*, quise decir amigos y familia) y señala a Simon con el ramo:

—Un fuerte aplauso para el novio. ¿Han visto alguna vez a un hombre más guapo?

El padrino también es muy guapo, pero ¿quién soy yo para discutir con la novia en el día de su boda?

Una vez más, la iglesia se llena de aplausos y, como todas las miradas están sobre nosotros, sonrío y le regalo un par de aplausos a Simon mientras me imagino que tengo su cabeza entre las manos y que, en lugar de chocar mis palmas entre sí, le abofeteo las orejas, que se operó para que no sobresalieran tanto.

La gente por fin se calma, toma asiento en las bancas de madera y el cura comienza su discurso.

Dejo de prestar atención. No estoy de humor para escuchar cómo la feliz pareja será el ejemplo del matrimonio perfecto. Entonces, me quedo mirándome los zapatos de punta celeste que me combinan a la perfección con el esmoquin celeste de Armani que tengo puesto, a lo Danny Kaye.

Los zapatos me recuerdan a la vez que llevé a Annalisa a mi apartamento de Boyle Heights, un sitio lleno de amigables vendedores de drogas que se regían por un acuerdo tácito: «Si no nos delatas, no te asesinaremos mientras duermes». Un trato que acepté de inmediato. En esa época, Annalisa todavía no era una actriz exitosa, así que entendía mi necesidad de ahorrar y no me cuestionó que viviera allí. Por el contrario, nos acurrucamos en el futón y miramos *Blanca Navidad*. Estaba maravillado por lo atemporal de la trama; ella suspiraba por el vestuario y aseguraba que algún día se iba a casar con un hombre que llevara un traje del mismo color de los zapatos. Le prometí que el día de su boda me aseguraría de que eso sucediera.

Solo que..., en ese momento, estaba convencido de que yo iba a ser el novio, no el padrino.

—La pareja ha escrito sus propios votos —anuncia el cura con un tono impresionado.

Por supuesto que sí.

Apuesto a que no los escribieron ellos en realidad.

Me abstengo de cruzarme de brazos y dar golpecitos en el suelo con el pie, impaciente e indignado, mientras se declaran amor eterno.

Simon se sigue frotando los ojos. Debe tener lágrimas artificiales escondidas en el pañuelo porque, aunque sus ojos no han parado de gotear, su expresión es estoica. No sería la primera vez que usa lágrimas artificiales. Yo le enseñé ese truco mágico de Hollywood.

Con dramatismo, Annalisa lleva los hombros hacia atrás y en un gran despliegue saca una hoja de papel doblada de las profundidades de su escote, como un mago que saca un conejo de la galera. El asombro que se apodera de la multitud es exasperante. A juzgar por los «oohh» y «aaahh» uno creería que acaba de ejecutar un truco nivel experto.

Si creen que eso es espectacular, deberían venir a una reunión con mi familia y ver a mi tía Suzie usar su escote como si fuera el bolso de Mary Poppins. Mi hermano Roarick todavía jura que la vio sacar una succulenta de verdad de sus «melones».

Annalisa desdobra el papel con cuidado y alza la vista hacia Simon. Cualquiera pensaría que una actriz tan entrenada memorizaría sus votos. Pero, igual que todo lo demás, es una excusa para dar un espectáculo.

Meto las manos en los bolsillos y la miro por encima del hombro de Simon, esperando escuchar lo que tiene para decir.

—Recuerdo la primera vez que te vi —comienza.

Sí, fue en mi apartamento. Simon apareció con el aspecto de un Dwayne *La Roca* Johnson versión gnomo, con vaqueros y polera negra. Acababa de terminar una función desastrosa de *Un día en la vida de Zack Morris* en el under del under de Broadway, donde el teatro de mala muerte tuvo que reembolsar el dinero de las entradas porque uno de los asistentes vomitó al público luego de una sobredosis de *hot dogs*.

Llegó arrastrándose a mi puerta, nos contó que había vómito en todas partes y se fue corriendo a su apartamento, que quedaba debajo del mío. A Annalisa le pareció grosero.

—Tu hermoso cabello negro azabache.

Cabello negro *teñido*.

—Tu quijada cuadrada y masculina.

Implantes de quijada; se los puso hace cinco años.

–Tus cautivantes ojos azules.

Bueno, esos son reales y bastante impresionantes.

–Me dejaste sin aliento.

Se me escapa un resoplido antes de que pueda evitarlo. Annalisa me clava la mirada, una firme advertencia de que me comporte.

Me enderezo.

–Recién empezaba dar mis primeros pasos en Hollywood, pero no tenía la confianza necesaria para convertirme en una verdadera protagonista.

Eh, no es así como lo recuerdo. Ya tenía un ego impresionante cuando conoció a Simon.

–Y entonces entraste en mi vida como un caballero con brillante armadura. Pero en lugar de un traje de metal y caballo blanco, llevabas un Tom Ford y conducías un Aston Martin.

–Ja –suelto y atraigo la atención de todos. *Mierda*–. Jaaa-maravilloso –intento arreglar–. Maravillosos votos. –Alzo una mano y le muestro un pulgar hacia arriba a Annalisa. Me responde con una mirada mordaz.

Pero, vamos... ¿Tom Ford y Aston Martin?

Qué montaña de mierda.

Más bien eran pantalones como de paracaidista y un Geo Metro de 1993 sin dirección asistida.

–Como un ave fénix que renace de sus cenizas, luego de una época oscura, confusa y solitaria de mi vida, me levantaste y me hiciste resurgir y me alzaste hasta el cielo.

Por Dios.

Entonces, básicamente, yo era Satanás y la tenía aprisionada en el infierno hasta que vino Simon a rescatarla de las profundidades del purgatorio como un glamoroso Tarzán sin liana.

Puedo sentir los ojos de la familia y amigos sobre mí y no me están mirando por mis no tan sutiles carcajadas, sino porque la mayoría de estas personas sabe la verdad.

Yo soy la razón por la que Annalisa llegó al cine.

Yo soy la razón por la que la carrera de Simon despegó.

Y yo soy la razón por la que su última película fue tan bien recibida: no solo porque ahora soy un guionista cotizado, sino también porque escribí los diálogos que hicieron que la audiencia se enamorara de ellos.

Así que, la pregunta es: ¿por qué estoy aquí parado, al lado de mi ex mejor amigo, que temía que el Botox que se inyectó en las axilas no pudiera evitar que el sudor le empapara el traje en el día de su boda, y escuchando a mi exnovia alabarle de una forma que este imbécil no se merece?

No debería estar aquí, acompañándolos.

Ya hemos terminado de rodar la película.

Ya hemos hecho las rondas de prensa.

Al público le ha encantado.

No hay nada que me ate a ellos. Los productores no pueden seguir amenazándome.

Ya he cumplido la condena.

No tengo motivos para estar parado en este altar soportando esta tortura.

Entonces...

Decido irme.

En ese preciso momento. Sé que es hora de irme.

Doy un paso hacia delante mientras Annalisa mira fijamente a Simon.

Luego doy otro paso.

Y otro más, lo que llama la atención.

Annalisa me clava sus ojos azul cristal.

—¿Qué haces? —me pregunta con una sonrisa apretada.

Me aclaro la garganta.

—Si me disculpan, debo anunciarle al público que tengo mejores cosas que hacer que presenciar esta payasada.

Simon se inclina hacia un costado y me mira con una expresión de horror absoluto. Me inclino en una grácil reverencia (porque me parece que es lo correcto) y, cuando me incorporo, alzo los dos dedos medios, uno para cada uno.

—Le ruego al Espíritu Santo que este matrimonio sea un rotundo fracaso —suelto.

Le pido disculpas al cura por mis palabras con un gesto rápido, giro sobre los talones y me alejo del altar por la pasarela con los flashes de las cámaras y el murmullo haciendo eco en el techo abovedado. Una cámara en particular, con una luz tan brillante que es como mirar directamente a un eclipse, me encandila y hace que me pise la agujeta de mi zapato, por lo que me tropiezo en el pasillo cubierto de pétalos de rosas.

Carajo. Casi me caigo de bruces. Un rosario de maldiciones se me sale de la boca, pero me apoyo en la anteúltima banca y enseguida recupero la compostura.

Le agradezco a Dios por la ayuda, mojo dos dedos en el recipiente de agua bendita que está justo en la entrada, hago la seña de la paz, con los dedos en v, y abro la puerta.

Esta vez sin mucha gracia (*te lo agradezco, agujeta desatada*) salgo de la iglesia a los tumbos mientras un tsunami de flashes bloquea mi huida no guionada. Enseguida la codicia que hay detrás de esos flashes se transforma en decepción cuando se dan cuenta de que no soy los recién casados.

Si supieran cómo va a subir el precio de lo que acaban de capturar

cuando empiecen a correr la noticia... padrino fugitivo. Se van a enterar pronto.

Al divisar mi vía de escape, bajo corriendo los escalones de la iglesia, pero, en el penúltimo, mi zapato desatado y una talla más grande se me sale justo en medio del trote. La pérdida del calzado me empuja hacia el pasamanos y doy un giro que pondría celoso a cualquier bailarín. Recobro el equilibrio y busco el zapato con la mirada justo cuando Simon aparece con una mirada asesina.

Mierda, hora de irse.

Adiós, zapato.

—¡Que alguien lo detenga! —exclama Simon con dramatismo, como si le hubiera robado algo.

Aprovecho ese momento para huir. Corro (bueno, cojeo con un zapato y una media) a través de la playa de estacionamiento hasta mi automóvil, seguido por los pocos paparazis que fueron astutos y comenzaron a perseguirme.

Con los flashes rebotando en los vidrios polarizados, giro el automóvil y me aferro al volante con una sola idea en mente: largarme de este lugar.

Y así, sin ningún plan aparente, conduzco.